

③

El visitante

Aquel día no sospechábamos nadie lo que iba a pasar en Cepeda, era un día normal como cualquier otro de verano, me parece recordar, y si no era verano hubiera merecido serlo. Toda la gente estaba a sus tareas y el tiempo parecía que no pasaba, que no ocurría nada en lo que nos pudiéramos fijar, pero sí que ocurrió y aunque no recuerde el día exacto, ni siquiera el año, sí recuerdo el sentimiento que nos produjo a todo el pueblo.

Supongo que se viene a los pueblos a conseguir el descanso que la ciudad no nos da, a volver a ser un poco los niños que fuimos, a separarnos de la humanidad de la ciudad, si la tiene, a conseguir volver al sentimiento que tenemos en el lugar en el que alguna vez estuvimos en toda la dimensión de un niño, así creo que volvió él.

Llegó al pueblo en el famoso coche de línea con una mochila al hombro y con un petate, traía una idea desde hacía tiempo, montaría la tienda al lado del río, en el paraje conocido como la fonda de Sta. Teresa. Un lugar que visitó cuando era niño, cuando “disfrutó” de algunas vacaciones en los pobres años cuarenta.

Tenía idealizado el pueblo y la fonda, tenía recuerdos fantásticos, que creo que en otra persona más realista hubieran podido ser mortificantes, nunca ideales.

Montó su pobre tienda de campaña y empezó lo que sería su última acampada, su último y deseado viaje. Estuvo muchas veces pensando qué sería de aquel caserón en el que pasaba junto con su hermano los veranos más fríos de su vida, sobre todo las noches más frías de verano que recuerda. No tenía ningún mal recuerdo, lo soñaba todo como entonces, con una jauría de niños alrededor, con el pozo funcionando, con la lumbre encendida, con las mujeres afanando en la cocina y con algún gañán enseñándoles picardías.

Lo encontró todo tristemente abandonado, pero no le importó, venía a recordar tiempos felices, a recordar los días que pasó en compañía de niños tan pobres como él y tan alegres como él.

Desde el primer día que se quedó en la fonda lo primero que hacía era recoger la barra de pan que le dejaba Onofre, el panadero de Robledillo. Salía de su tienda cuando el panadero tocaba el claxon de la furgoneta, le saludaba:

-¡Buenos días! ¿Cómo se presenta hoy el día? ¿Qué tal hemos dormido?- le decía Onofre.

Contestaba nuestro visitante:

- Esta noche no ha hecho tanto frío, hoy a lo mejor voy a subir a Cepeda a comprar algo de fruta. ¿Qué tal están esos pueblos por ahí?

- Como siempre – le dijo Onofre-, todos los días la misma rutina, la gente bien, siempre igual, aquí no cambia nada, a no ser por alguna desgracia, Dios no lo quiera, todos los días lo mismo. ¡Toma tu barra y que pases buen día! ¡Hasta mañana!

Se marchaba, también como todos los días, con un saludo desde la ventanilla de la furgoneta.

Aquella mañana, con toda la tranquilidad del mundo se hizo el desayuno a base de fiambre, pan y algo de leche, arregló algo el aposento y después de lavarse la cara en el arroyo, que le pareció helado, subió a darse un paseo hasta la cabeza del valle. Disfrutó del paseo porque se encontraba bien, animado; y era muy reconfortante respirar ese aire que le pareció el más puro del mundo. Anduvo bastante rato por las veredas de la Dehesa Vieja, olía muy bien a heno recién segado, las vacas bramaban y el día pintaba cálido, pero no caluroso.

En los pocos días que llevaba en la fonda, había conseguido perder la sensación de miedo que trajo cuando llegó, venía despavorido, tenía miedo de la gran ciudad, de su mala vida en ella, de su soledad; aunque parezca ilógico, aún estando tan solo, se encontró con algo de su niñez y le gustó, recordó a su hermano, le parecía que estaba

con él corriendo por la orilla de aquel arroyo, que él pensó como río, pero que en realidad era un simple arroyo. Comenzó a sentirse mejor ya no sintió tanto pesimismo por su situación, pensó que éste era el sitio ideal para que su vida ya no fuera tan amarga, para que se volviera más dulce y en estos días se sintió el más feliz del universo, creyó que ya no necesitaba nada, que con sólo poder estar en este maravilloso sitio lo tenía todo.

Decidió ir a comer a casa de Esteban, le apetecía algo caliente, M^a Luisa le preparó la comida, incluso compartieron mesa y mantel, recordaron su infancia, cada uno la suya, pensó que no había tanta diferencia, que al final todos pensamos en la misma verdad, en que lo que nos amarra siempre es algo que tiene que ver con nuestra infancia, con nuestras vivencias y que casi todas en los niños convergen en un punto, el de la felicidad que tuvimos o imaginamos. Estuvo mucho rato con ellos, cuando llegó Don Miguel, el párroco del pueblo, charlaron mucho rato, ¡qué bueno Don Miguel!, siempre tenía una palabra, siempre dulce, siempre atenta. Se ofreció a llevarle en su coche hasta la fonda, pero declinó la invitación le apetecía subir tranquilamente por el cargadero y pasear hasta la fonda.

Mientras subía, pensó que qué bien lo había pasado, había hablado con personas que apenas conocía pero que fueron amables con él; se encontró a gusto, pensó que si fuera siempre así no le importaría terminar sus días en este apacible pueblo, haciéndose viejo en la paz de Cepeda. En los días que estuvo aquí no conoció lo amargo, la sequedad y lo duro de Cepeda, algo que todos los de aquí sabemos como es, pero que casi ninguno nos atrevemos a reconocer; a él, afortunadamente, no le dio tiempo a sentirlo, continuó lo que le quedaba del día alegre, reconfortado, pensando que hacía mucho tiempo que no se sentía tan alegre y feliz.

Esa noche se acostó pronto, había comido bien y después de los paseos y la charla se encontraba algo cansado, así que preparó su saco y quizá influido por la charla con Don Miguel, recordó una oración que le enseñaron en la fonda siendo aún niño, la recordó entera y rezó como hacía muchos años que no lo hacía, reconfortado consiguió dormir dulcemente.

Onofre estaba un poco perplejo, el visitante no contestaba como todos los días, continuó con su llamada:

- ¡Amigo! ¡Ya estamos aquí! Te traigo el pan recién salido del horno, ¡amigo! ¿no me oyes?.-

Se asustó, intentó abrir la cremallera de la tienda pero no pudo, estaba cerrada. Cogió la furgoneta y subió corriendo al pueblo, dio la voz de alarma y al personarse en el lugar comprobaron lo que ya habían sospechado, no contestaba a la llamada y al forzar la cremallera descubrieron al visitante tendido en su saco, como dormido, pero no estaba dormido, estaba muerto. Se miraron tristemente, no pudieron disimular la pena que les produjo el hallazgo, pensaron que qué cruel es la vida, que poco justa con personas tan débiles, como era el visitante.

Acto seguido comenzó el frenético devenir de los acontecimientos, la guardia civil, el juez de paz y todo lo que surge cuando una persona fallece en estas circunstancias, con el agravante de que en este triste caso no encontraron a nadie a quien contarle que esta persona había fallecido, que se había muerto solo en el sitio en el que le hubiera gustado por lo menos vivir.

Don Miguel tomó la iniciativa en el asunto y fue la persona responsable de su cuerpo, lo velaron en el depósito del cementerio, lo acompañaron en el último viaje las personas del pueblo, muchas de ellas colaboraron económicamente para comprarle su modesto féretro, casi todas ellas lo acompañaron en el sepelio mas triste que se ha

vivido en Cepeda, lo enterraron en el cementerio en el que muchos de nosotros tenemos enterrados a nuestros antepasados, le rezamos con sentida devoción y pensamos que habíamos hecho una buena obra, creo que sí que fue verdadero todo lo que sentimos aquellos días.